

llegando los rebaños
 escuché cierto día
 la tonada de amor de un cabrerillo.
 Tenía pocos años
 y qué hondura tenía.
 ¡Extremadura,
 da un placer tonada
 que se escucha en tu campo!
 El extremeño es alma de poeta.
 Poesía sería, recia,
 como la recia encina.
 Se pasa las horas, meditando, soñando.
 Cuando despierta... ¡se incorpora al momento!,
 y signando la frente con la Cruz, grita:
 ¡Tengo una cita en Méjico!;
 otra va, y le replica,
 ¡Y yo otra en el Perú!

MIGUEL SERRANO GUTIERREZ



RECUERDOS

EL DIRECTOR DEL INSTITUTO

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
 (Conde de Canilleros)

EN aquel Cáceres pequeño, íntimo y cordial de principios de siglo, más concretamente desde los comienzos de la segunda década, en la que mis recuerdos cobran su auténtico valor, figuraba en un primer plano de actividades don Manuel Castillo, catedrático, director del Instituto y periodista. Oriundo de Valencia, donde naciera hace más de un siglo, en 1868, había llegado a Cáceres años antes y fue uno de los colaboradores de la inolvidable *Revista de Extremadura*, portavoz desde 1899 hasta 1912, de la erudición y el pensamiento de estas tierras.

Mis primeros contactos con don Manuel se iniciaron con el comienzo de mis estudios de bachillerato, en 1911, siendo luego más directos en los años de asistencia a su cátedra de francés. Recuerdo que mi primera impresión al verle fue de un poco de temor, porque creí descubrir en él un gesto hosco. Pronto, sin embargo, pude comprobar que había que clasificarlo en el grupo de profesores gratos a los alumnos, en el que ocupaba puesto destacado el bondadoso don Cipriano Guerra, separándolo del otro grupo, del de los que imponían, no ya respeto, sino miedo, a cuya cabeza figuraba, sin discusión posible, el catedrático de Geografía e Historia, don Francisco Javier Gaité, espanto de los estudiantes, buenos o malos.

Castillo era un temperamento activo, nervioso. Caminaba siempre erguido y con rapidez. La aparente aludida hosquedad, encubría un corazón bondadoso, que pude ver claramente con motivo de unos episodios ocurridos con el catedrático de Psicología y Lógica, D. Julio del Riego, hombre estafalario, del que los alumnos nos reíamos, llegando a convertir las clases en auténticos juegos. La cosa fue tan lejos, que tuvo que intervenir el director del Instituto, que por fortuna lo era don Manuel Castillo, porque de serlo Gaité lo habríamos pasado mal. Don Manuel, manejando con tacto la autoridad, las re-

flexiones y la diplomacia, zanjó admirablemente la cuestión, sin que nos ocurriera nada.

Fuera del Instituto, Castillo se movía en Cáceres como un cacereño. Era amigo de todos, actuaba en política, tenía actividades literarias, y sus relaciones iban desde los de abajo hasta los de arriba, desde los obreros a la más linajuda aristocracia.

Militante en el partido liberal, capitaneaba desde su puesto de director del diario «*El Noticiero*» campañas políticas y electorales con la más ardiente combatividad, lo que no era obstáculo para mantener cordialísima y auténtica amistad con los del bando conservador, al que pertenecía toda mi familia.

Sus hijos, Agustina, Pura, Diego y Luis, se consideraban también cacereños, ligados a la gente de Cáceres por amistad y cariño. Yo fui y sigo siendo amigo suyo.

Pasó el tiempo. Don Manuel Castillo y sus hijos se fueron de nuestra ciudad. Más tarde marcharon a Méjico. Un día, después de muchos años, recibí una carta de don Manuel. Había caído en sus manos un trabajo mío y me escribía emocionado, al verse convertido en lector de un lejano alumno.

Se inició así una correspondencia prolongada hasta su muerte. Evocábamos en nuestras cartas tiempos pasados, a la vez que se mezclaban en ellas noticias de nuestras vidas y actividades. Con frecuencia citábamos nombres como el de Emilio Criado Romero, un viejo amigo cacereño que él veía mucho en Méjico, y como los de Dionisio Acedo, Alejandro Sánchez Morales y Eduardo Málaga, fraternales condiscípulos que continuaban aquí conmigo.

Un día me llegó la triste noticia de la muerte de don Manuel, ocurrida en Méjico, el 25 de Enero de 1964, a la edad de noventa y cinco años cumplidos. Casi un siglo había estado latiendo aquel corazón inquieto y bondadoso.

En la pequeña historia cacereña y en mis *Recuerdos*, no podía faltar el nombre de don Manuel Castillo, que fue una institución en Cáceres y que para los que con él estudiamos, en el viejo edificio que alzarán los jesuitas en el siglo XVIII, sigue siendo, por antonomasia, el director del Instituto...

Cáceres = Aviñón

ESTA anocheciendo cuando llego a Aviñón. He pasado el ancho y caudaloso Ródano de aguas cenicientas por un moderno puente desde el cual he visto con insana complacencia el otro puente de Aviñón, el famoso de Saint-Bénézet, el que sólo tiene cuatro arcos y llega solamente a mitad del río. El puente, en fin, de la popular canción que todos los niños franceses entonan alborozados:

«Sur le pont d'Avignon,
On y danse, on y danse,
Sur le pont d'Avignon,
On y danse tout en rond.»

Acaba de llover, con fuerza, agua torrencial, de tormenta que aún dura, tormenta de nubes oscuras que sirven de telón de fondo sombrío a la histórica ciudad de los Papas y del Gran Cisma de Occidente. Aviñón se me presenta blanca, resplandeciente por la iluminación artificial de sus murallas y palacios, contrastando con el fondo negro de la noche cercana; las culebrillas de los relámpagos serpentean el cielo, dando al cuadro que se presenta ante mis ojos un tinte sobrecogedor y de misterio.

Desde que sali de Montpellier y entrado ya en las fértiles tierras provenzales, regadas por el Ródano he ansiado este momento. Aviñón me atraía, esta ciudad, posiblemente la más renombrada de ese siglo XIV, particularísimo y de transición donde empieza ya a desvanecerse la Edad Media; el siglo del Año Santo, y del Papa Bonifacio VIII, que tuvo que enfrentarse con aquel rey francés Felipe IV, el Hermoso, taimado y tenaz fuertemente nacionalista. El siglo XIV, fue asimismo el siglo donde se oponen por primera vez y con carácter agudo el poder temporal y el espiritual, siglo de humanistas precursores del Renacimiento que se avecinaba.